

“Al estudiante hay que descubrirle la música que lleva dentro”

Los proyectos de Adolf Murillo aúnan la creación artística con la innovación educativa y las nuevas tecnologías.

Este inquieto profesor de Secundaria sostiene que, en vez de obsesionarse con la enseñanza del lenguaje musical, en las aulas se debería componer, hacer música.

RAFAEL MIRALLES LUCENA
Profesor y periodista. Universitat de València.
Correo-e: rafael.miralles@uv.es



Adolf Murillo
Profesor de Música

Xaume Olleros

¿Hasta qué punto es importante que en la escuela se enseñe a leer música?
Recuerdo un día en que dibujé en la pizarra una redonda y pregunté a un alumno qué tipo de figura musical era. "Una aceituna", me respondió. Al principio me quedé a cuadros, pero era verdad, aquello era una aceituna, el alumno lo había leído bien. El aprendizaje musical no debe centrarse en el código porque nuestro código se refiere a unas prácticas muy concretas y no a todas las músicas.

¿Decimos adiós al pentagrama?
A los alumnos todo eso les resulta muy extraño. A mí me parece anecdótico y le presto muy poca atención, aunque hay compañeros a quienes les sienta fatal que lo diga. Me sigo sorprendiendo cuando entro a una clase y veo la pizarra de pentagramas atiborrada de soles y lunas, eso sí me parece un paisaje marciano. Lo importante es que el alumnado acceda a la música desde una experiencia real y directa con el sonido.

¿Qué tipo de experimentación les propone?
Nuestro último proyecto está centrado en la manipulación sonora. Grabamos

sonidos reales de voces y objetos cotidianos, aislamos partes de ese sonido, les aplicamos filtros digitales con un software musical y construimos otro tipo de sonido que no tiene nada que ver con lo que acaba de sonar. Eso se conoce como música concreta, música fijada o música acusmática.

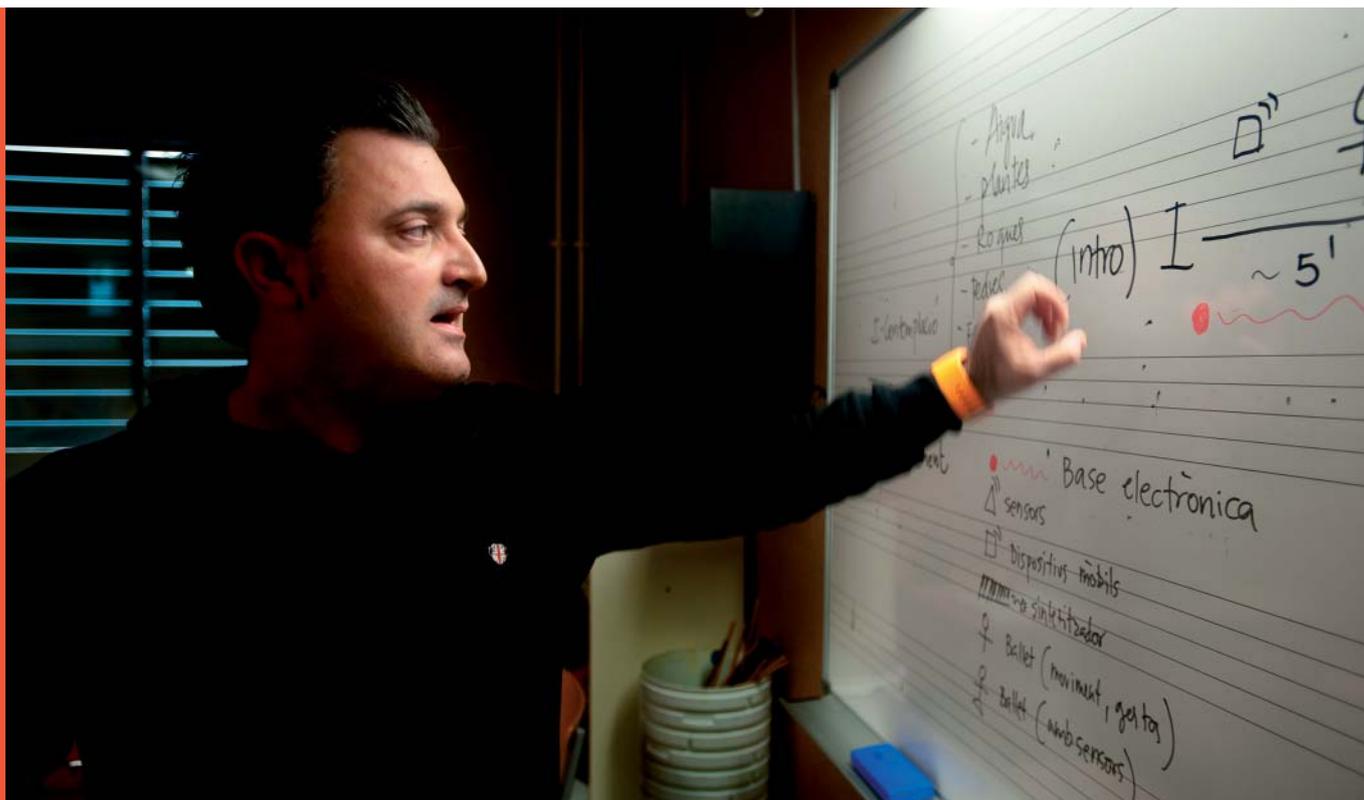
¿Cuál es el interés educativo del proyecto?
Los alumnos cogen las botellas, las púas de un peine, un cuenco tibetano o unos muellecitos: los manosean, hacen que suenen de maneras distintas y luego lo graban. Hasta ahí, la experiencia no les sorprende demasiado. Pero cuando con la ayuda de la tecnología aíslan esos sonidos y los descontextualizan, les dan otro significado totalmente distinto. Olvidan su origen porque ya son otra cosa.

¿Qué puede pasar, por ejemplo?
El sonido de romper un globo de agua puede convertirse en una bomba atómica que estalla en medio del océano. Con la ayuda del ordenador cortan la grabación, la filtran, la amplifican, modifican cualquier parámetro y consiguen sonidos muy sofisticados, como los

efectos que se utilizan en la música electrónica actual, en los videojuegos o en algunas películas y anuncios publicitarios. Y luego esos nuevos sonidos los incorporamos a un cuento. Es un trabajo muy creativo.

¿De dónde sale ese cuento?
La idea inicial de *La màquina interestel·lar* es mía. Es un texto que sirve de base a un montaje audiovisual con unos trabajos plásticos muy vistosos que hacen entre todos y que está narrado por una alumna. Incluimos fragmentos en movimiento con *stop-motion*, como en las películas de animación con plastilina.

Esa manipulación de sonidos abre un campo inmenso para la imaginación...
De hecho, existe ya un tipo de instrumentos virtuales que pueden simular una orquesta sinfónica. El sonido de una botella da lugar a un instrumento que suena como una botella que nos da todas las notas. Entre todos descubren las posibilidades creativas que tiene la composición colectiva. El proceso puede llegar a ser tan complejo que al final no sabes qué es lo que está sonando.



¿Cómo responden los estudiantes?

Al principio dicen que es una locura porque trabajan mucho. Cuando graban sonidos o pintan escenas, les cuesta prever lo que va a suceder, imaginar cuál puede ser el resultado final.

¿No se desmotivan?

En absoluto, y a mí me interesa mucho provocarles esa inestabilidad.

¿Por qué?

Porque el equilibrio les lleva a no hacer nada. El alumnado está condicionado por el libro de texto, que tiene calculado hacia dónde se dirige el proceso de aprendizaje. Ellos te chequean y saben si a lo largo del curso vas a explicarles unos temas o pasarles un control de diez preguntas cortas sobre las lecciones que vienen en el libro.

Y usted no puede con eso.

No puedo con esas ataduras que me estructuran, que no son buenas ni para mí ni para ellos. El auténtico aprendizaje ha de hacerte razonar y permitir que cada cual proponga cosas diferentes. Todos no tenemos que hacer lo mismo.

Pero esa dinámica expone al profesor a situaciones no previstas.

¿Acaso este mundo es previsible? A mis alumnos quiero prepararlos para que se enfrenten a situaciones imprevistas, como en cualquier ámbito de la vida. Lo importante son los procesos; aunque cuando hay un buen proyecto y mucho trabajo, al final suele darse un buen resultado.

¿Quiere decir que cuando entra en clase no sabe lo que va a pasar?

No lo sé pero tampoco conozco a nadie que lo sepa, a no ser que vaya armado de un manual.

Con esas premisas intuyo que le costará coordinarse con otros docentes.

Eso me dicen algunos en el Máster de Secundaria que imparto en la Universitat de València. Es verdad que estos planteamientos te obligan a implicarte mucho, pero has de elegir: o trabajas

atado al libro o te tiras a la piscina. Lo fundamental es estar con la bombilla encendida.

¿Qué quiere decir?

Suelo comentar que siempre tengo la bombilla encendida [señala con el dedo su cabeza]. He creado ese hábito y para mí no supone ningún esfuerzo. Mi cabeza va a cien y siempre estoy buscando cosas nuevas. Ahora mismo voy liado en un curso de especialización en música electrónica y electroacústica en la Universitat Politècnica de València.

“A mis alumnos quiero prepararlos para que se enfrenten a situaciones imprevistas, como en cualquier ámbito de la vida”

Es culo de mal asiento...

Cuando aprobé las oposiciones no pensé en la estabilidad económica, sino en cuántas cosas podría hacer hasta que me jubilara. Creo que la enseñanza artística ha de ser abierta, creativa y cambiante.

¿Eso sirve para otras materias?

El arte es tan cognitivo como pueden serlo las matemáticas. Pero, ¡joj!, no pretendo convencer a nadie, solo quiero mostrar lo que hago para compartirlo con quien tenga interés en trabajar por ahí.

¿Habría que estimular más la innovación?

Nuestra formación pedagógica musical sigue siendo lamentable, y una parte del profesorado aún parte del principio de enseñar como le enseñaron, con el esquema de la formación pura y dura que recibió en el conservatorio.

Con poca atención a la creatividad...

Aunque los currículos sí están repletos de alusiones a la creatividad, es verdad que en la práctica es difícil introducirla en el aula; los espacios tan estructurados de los centros lo obstaculizan. Deberíamos aprender de otro tipo de organización como el de las empresas de publicidad, que tienen profesionales con conocimientos y perfiles muy diversos pero que consiguen sinergias muy positivas.

¿Son tan importantes las tecnologías para la creatividad?

En la calle, no en el aula, hay jóvenes que se atreven a experimentar, a improvisar y a crear musicalmente con el software que se descargan en su teléfono móvil. Improvisar y crear es lo mismo, todo hace referencia al proceso de composición; podemos improvisar dentro de un estilo o podemos improvisar para buscar ideas y al final decides, creas: eso es la composición.

Pero eso antes se hacía sin aparatos.

Con la tecnología todo es más fácil, porque las ideas o las melodías quedan archivadas perfectamente en tu dispositivo y no tienes que memorizarlas o silbarlas todo el día para que no se te olviden. El que no sabe leer música guarda ahí sus ideas, después puede grabarlas o tocarlas con un instrumento y puede probar las veces que quiera hasta quedarse con la versión que más le guste. Hace música y luego la comparte en Internet.

Creo que en su tesis doctoral está investigando estos fenómenos.

Me interesa conocer cómo el ordenador y el software libre facilitan que muchos jóvenes empiecen a componer, algo que era impensable hace quince o veinte años. Internet es también una herramienta que potencia la colaboración: yo escucho lo que tú haces, tú escuchas lo mío y juntos podemos compartir. Pero además los teléfonos móviles y las tabletas te permiten disponer de un estudio de grabación en tu bolsillo: puedes grabar y manipular sonidos y dibujos, jugar con vídeos y al acabar tu creación la cuelgas en Facebook o en Twitter. Los jóvenes que lo hacen tienen asegurada la retroalimentación continua sobre lo que hacen.

Y no hay que estudiar para llegar tan lejos...

Para ser músico no hace falta ir al conservatorio. Recuerdo una vez que vino a casa un fontanero y al entrar en mi estudio me preguntó si yo era músico. Él, que tocaba la guitarra y la batería, tenía en su ordenador el mismo programa que había visto en el mío. Su padre escuchaba mucha música y de pequeño le contagió la afición. "Pero los músicos sois muy cuadrados", me espetó. Hablamos de música un buen rato y al final lo invité al instituto a realizar un taller con los chavales. Es un claro ejemplo de alguien que ha aprendido de modo in-

tuitivo, en plan salvaje, porque su deseo de aprender es muy potente.

¿Qué importancia tiene ese deseo para el trabajo en el aula?

Hay gente joven, currantes que se pasan el día escuchando música, compartiéndola y creando grupos, un deseo que apenas he visto en las aulas y que echo de menos. Intento contagiar esa chispa a mi alumnado, romperle la rutina, para que descubra la música que lleva dentro. "Tenéis capacidad para hacer música y podéis hacerla, no importa si después no os dedicáis a vivir de ello."

¿Existen estudiantes negados para la música?

En absoluto, la negación la provoca el contexto, la educación. Los planteamientos con tufillo elitista de algunos docentes niegan que pueda hacer música quien no estudia en el conservatorio, sostienen que sin saber leer no se puede componer. ¿Cómo pueden decir eso si solo el uno por ciento de la música existente en el mundo está escrita con la notación occidental que conocemos?

¿Habría que reorientar las prioridades en la enseñanza?

Tanto en Primaria como en Secundaria se insiste demasiado en el lenguaje musical, más que en hacer música o hablar de música. Pero el lenguaje musical no es la notación; tú puedes hablar bien sin saber escribir. Se trata de conocer un código determinado.

¿Se puede tocar bien un instrumento de oído?

Claro que sí, porque se puede tener un oído mucho más desarrollado que un profesional. Las músicas contemporáneas y en particular el jazz trabajan mucho sobre el oído; sus músicos son más intuitivos a la hora de hacer música. Si basas la mayoría de los aprendizajes

Entre ordenadores, teclados y botellas

Ordenadores, micrófonos, interfaces, teclados, mesas de mezclas, sintetizadores, altavoces... La mesa del profesor de Música del Instituto Arabista Ribera, de Carcaixent, parece el centro de control de una estación espacial. Pero en otro rincón del aula también hay botellas con agua, copas de cristal, campanillas, hierrecitos y trastos que sirven para soplar, golpear, rasgar o percudir... "La grabación de un euro rodando por el suelo, procesada en el ordenador y pasada al teclado, se convertirá en el sonido de una máquina del tiempo. Esa experimentación es un trabajo de chinos." Como tantos valencianos, Adolf Murillo Ribes (Castelló de la Ribera, 1969), un experto en didáctica musical avezado en las tecnologías digitales, inició sus estudios de trompeta en la banda de su pueblo. Compaginó la carrera, que concluyó en Barcelona, impartiendo clases a los pequeños de su banda y realizando bolos en orquestas profesionales, la Sinfónica de Las Palmas de Gran Canaria y la Ciudad de Granada. Buen comunicador y de trato campechano, cuenta con numerosos reconocimientos y premios a una labor pedagógica que acabó de forjarse en los dos años que cursó Magisterio, estudios que abandonó cuando aprobó oposiciones. Allí aprendió psicología, sociología y didáctica, pero muchas de sus expectativas se desinflaron. "Creía que en Magisterio me encontraría con laboratorios parecidos al que he podido montar aquí", confiesa.



Xaume Olleros

musicales en estudiar el código occidental te estás dejando muchas cosas por el camino. ¿Qué hacemos entonces con las músicas que no se escriben así? ¿Son acaso menos importantes?

“La música es mucho más que tocar un instrumento, es una inteligencia que surge cuando das identidad propia a los sonidos”

Entiendo que en sus planteamientos rehúye el saber especializado y apuesta más por un encuentro de la música con otras disciplinas. ¿Es así?

Claro. Mis clases no serán mejores porque yo sepa mucha música. Lo importante es que en mi instituto me interese por entender cómo trabajan en otras áreas de conocimiento, que consigamos un aprendizaje interconectado, más colaborativo, interdisciplinar e interactivo entre el profesorado de Plástica, de Lenguas, de Física... Es el enfoque de las inteligencias compartidas de Howard Gardner.

¿Qué se puede aportar desde la música a ese espacio compartido?

Desde luego, no es imprescindible que el alumno sepa tocar un instrumento porque eso no tiene nada de interesante. Puedes tocar un instrumento de modo automatizado, memorizando y repitiendo una partitura que no necesitas ni leer. La música es mucho más, es una manera de pensar,

una inteligencia que surge cuando entiendes realmente lo que pasa cuando tu cabeza organiza unos sonidos y les da una identidad propia después de una reflexión compartida.

La escuela, ¿debería abordar las músicas que prefieren los estudiantes como el rock, el pop, el reggae, el ska...?

La escuela ignora la música que les gusta escuchar cuando están en sus casas y, en cambio, les ofrece otra música que ellos no escuchan nunca fuera de la escuela. Habría que prestar más atención a este conflicto y buscar una aproximación, un consenso. La pedagogía de la creación es una buena estrategia.

¿Hay que abrirse a todo tipo de músicas?

Sin duda. Suelo insistir a los alumnos en el respeto a las músicas que menos han escuchado porque no son ni mejores ni peores, simplemente las desconocen. Todo necesita un tiempo, como la paella, que a mí me gusta mucho pero no quiero comerla todos los días. En la música, como en la gastronomía, hay que ser atrevido, probar y descubrir cosas nuevas. Porque en cada música hay una cultura y una forma de entender la vida.

¿Qué valor pedagógico tiene *Jazzcític*, el disco que grabó el curso pasado con sus estudiantes de la ESO y un grupo de profesionales?

Se trataba de crear unos temas e improvisar después sobre esa base, como en el jazz. Esa era la parte creativa de los alumnos, pero luego los músicos adaptaron y arreglaron los temas. El disco incluyó tres versiones: la inicial de los alumnos, las del sexteto de jazz de Jesús Santandreu y las de música electrónica

de otros dos expertos, Òscar Albuixec y Carlos Botella. El disco fue posible gracias a la participación desinteresada de los músicos, el diseñador de la carátula y muchos colaboradores, y a las ayudas del Ayuntamiento de Carcaixent, del propio instituto y de un centro comercial. Hubo que planificar la grabación, contratar un estudio móvil, organizar la presentación pública, montar conciertos para autofinanciarse... También tuvo un tremendo valor educativo que vieran que no se regalaba nada, que había que trabajar intensamente en muchos terrenos, de principio a final.

¿Cómo lo asimilaban los alumnos?

Los que participaron estaban muy satisfechos y eso se notaba. Este curso ha habido chavales de primero de la ESO que me han insistido en que también querían grabar un disco. Me pregunto qué recuerdos vivirán los estudiantes cuando tengan 30 años y escuchen el disco que grabaron en el instituto con 14 o 15 años. La educación es bastante desagradecida porque sus resultados siempre tardan en llegar.

¿Qué debería saber de música un estudiante al acabar la ESO?

La pregunta sería más bien qué preparación debería adquirir para que siguiera aprendiendo toda la vida. Porque lo que puede pasar si tú lo machacas en clase para que lea una partitura es que no quiera saber nada de música cuando abandone el instituto. Hay gente mayor que ahora se apunta a clases de música porque de pequeño se sintió frustrada. En la banda de mi pueblo se han incorporado algunas personas mayores que han decidido dar el paso, se han dado cuenta de que pueden hacer música y no se asustan de nada porque todo es posible.

Para saber más

- > Página web de Adolf Murillo: <http://www.sonorumprojects.com>
- > Miralles, Rafael (2009): “Una ESO que suena muy bien”. *Cuadernos de Pedagogía*, n.º 394, octubre.
- > Murillo, Adolf (2011): “*Jazzcític*. Músicas de ida y vuelta”. *Cuadernos de Pedagogía*, n.º 415, septiembre.
- > Murillo, Adolf (2011): *Música. Investigación, innovación y buenas prácticas*. Barcelona: Graó, vol. III, col. Formación del Profesorado. Educación Secundaria.
- > Murillo, Adolf (2007): “Construir el aprendizaje desde el aula de Música”. *Cuadernos de Pedagogía*, n.º 365, febrero.